

THE HORUS HERESY®

*James Swallow*

# LA DAGA ENTERRADA

*La condena de la Guardia  
de la Muerte*



timunmas

THE HORUS HERESY®

LA DAGA  
ENTERRADA

James Swallow

timun**mas**

Título: *The Horus Heresy* nº 54/54 *La daga enterrada*  
Versión original inglesa publicada por Black Library.  
*The Buried Dagger* © Copyright Games Workshop Limited 2019.

*The Buried Dagger, La daga enterrada*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo \* o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.  
Todos los derechos reservados.

Título original: *The Horus Heresy* nº 54/54 *The Buried Dagger*  
Ilustración de la cubierta: Neil Roberts

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez

ISBN: 978-84-450-0842-3  
Depósito legal: B. 14.489-2022  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## CONTENIDO

INTERVALO I	13
<i>Ante mortem</i>	
INTERVALO II	59
<i>Un caballo bayo</i>	
INTERVALO III	101
<i>Graves mentiras</i>	
INTERVALO IV	151
<i>Nadie se librará</i>	
INTERVALO V	201
<i>Inmortales</i>	
INTERVALO VI	245
<i>Los señores de la muerte</i>	
INTERVALO VII	295
<i>La caída</i>	

# INTERVALO I

*Ante mortem*

*«Aquí es donde da inicio el fin.»*

—*Siempre hemos odiado (panfleto de propaganda insurgente, autor desconocido) [M31]*

*«Tras haber caminado entre titanes, soy mucho más humilde. Pero he visto los verdaderos rostros de aquellos que dicen aferrarse a sus almas, y eso me ha dejado hecho una furia.»*

—Atribuido al rememorador Ignace Karkasy [M31]

## [El planeta Ynyx; el presente]

El Segador de Hombres se había hartado de los gritos.

Los alaridos de un millón de gargantas, su cacofonía incesante, habían pasado a agotarlo. Ya hacía tiempo que se había cansado de las súplicas de aquellos a quienes les arrebatava la vida, ya fueran los interminables balbuceos de palabras mientras los condenados imploraban piedad, las inútiles y furiosas maldiciones de los enfurecidos hasta la muerte o los tan incesantes como irritantes gimoteos de aquellos que lloraban, desesperados.

Al menos había un ligero consuelo allí, en la superficie de Ynyx. La atmósfera tan monstruosamente venenosa de aquel planeta fábrica implicaba que toda alma que trabajara en aquel mundo no tenía ninguna boca con la que gritar. Desde el instante de su nacimiento, las máquinas de los magos biólogos sellaban las aperturas de los rostros de la población humana e imprimían de forma orgánica unas membranas protectoras sobre los labios y las fosas nasales. A los trabajadores se les implantaban unas rejillas y unos conductos de nutrientes, además de incontables desvíos químicos e injertos protectores, y aquellas mejoras y alteraciones bastaban para volverlos inmunes a la niebla tóxica que surgía sin cesar del núcleo de aquel planeta tan rico en minerales. La población de Ynyx solo podía hablar a través del comunicador, pues sus voces estaban emudecidas en todos los otros sentidos, y así era como el Segador de Hombres podía caminar en silencio entre ellos con tan solo ignorar sus frecuencias. Lo único que oía era el temblor del aliento del planeta, el

cual salía a través de los conductos geotérmicos del paisaje negro que lo rodeaba; eso y el constante crujido del frágil cristal bajo sus pesadas botas de plastiacero. Desperdigados por todo el campo de batalla, más numerosos que los andrajosos restos de los cadáveres del bombardeo preinvasión, había un incontable número de viales cilíndricos vacíos: miles y miles de ampollas medicinales, descartadas por los defensores ynyxianos. Fuera cual fuese su efecto —dichoso olvido, docilidad o simplemente resistencia contra aquel torbellino de contaminantes atmosféricos—, no habían servido de nada: toda la población de aquel mundo iba a morir antes del anochecer, y nada de aquello importaba.

Las frías ascuas de aquel obstinado resentimiento que le resultaba tan familiar lo impulsaron a seguir adelante, un pesado y atronador paso tras otro, sobre la aceitosa arena de ébano y hacia la gran ciudadela: su objetivo. En los bordes de su suprema visión aumentada de forma genética, el Segador de Hombres se percataba de que sus pretorianos marchaban al mismo ritmo que él, todos ellos a una distancia de siete pasos por siete pasos y portando sus armas contra el pecho en un reflejo inexpresivo de su propio aspecto.

Apoyada contra uno de sus hombros había una guadaña esquelética manchada de sangre seca y fluidos putrefactos. Su otra mano con guantelete solía dirigirse a la pesada pistola de energía con forma de tambor y fabricada con gran maestría que colgaba de su cadera. Al igual que el propio guerrero, toda característica de sus armas sobrepasaba la escala humana, pues estaban diseñadas para el agarre de los gigantes y los semidioses. Ni siquiera los elegidos de su guardia, de un porte tan descomunal, eran rivales para su tamaño. Solo dos seres habían sido más altos que el Segador de Hombres: el primero había muerto a manos del segundo, y en cuanto al destino del segundo...

Aquella cuestión se resolvería con el tiempo. Aquellas antiguas y amargas ascuas se avivaron de nuevo al pensarlo, pero el gigante las calmó antes de que pudieran crecer más. Esas cosas no eran más que distracciones. Se suponía que su mente debía encontrarse en el presente, en la marcha a través del contaminado ocaso de Ynyx, no hurgando en aquella herida tan profunda que nunca sanaba. Ya tendría tiempo de cuidar de su odio eterno en los días que estaban por venir.

Echó un vistazo por encima de su hombrera. Más allá de sus guardaespaldas encapuchados, marchando en filas tras ellos, se encontraba el cuerpo principal de su banda de guerra: capitanes de batalla y comandantes, las enormes siluetas de dreadnoughts y exterminadores, y fila tras

fila de legionarios con armadura de color gris mugriento. El Segador de Hombres caminaba por delante, pues ninguno de ellos osaría marchar hacia la batalla sin él a la cabeza, ni siquiera en un campo de matanza tan miserable como aquel.

Su legión. Su Death Guard. Sus espadas inquebrantables.

Ellos eran lo único que ocupaba su mente en aquellos momentos. Sus hijos eran lo único que veía con claridad, mientras la niebla de la gran insurrección liderada por su hermano parecía arremolinarse de manera cada vez más espesa sobre cada hazaña y cada pensamiento en la mente del Segador de Hombres. Con sus guerreros, durante la batalla, era cuando se acercaba más a la *claridad*... o a algo que se le parecía.

Continuó avanzando hacia el ocaso, hacia la gran sombra que arrojaba la ciudadela. Se trataba de la estructura más alta en varios kilómetros a la redonda y sobresalía de un enorme cañón axial que rodeaba el hemisferio superior de Ynyx. Miles de abismos sin fondo como aquel fracturaban la superficie del planeta y se desvanecían en fosos infernales de varios kilómetros de profundidad, desde donde el humo tóxico exhalaba del turbio núcleo. La materia cinérea que salía despedida desde las profundidades era la fuente de la fortuna del planeta, pues estaba cargada de preciados y poco comunes elementos metálicos pesados, que los manufactura del Imperio absorbían y reprocessaban. Las máquinas refinera, unos arácnidos de latón deslustrado y hierro gris del tamaño de una ciudad, se colocaban sobre las ráfagas más ricas durante décadas y las drenaban por completo antes de dirigirse a nuevas fuentes.

Muy pocos lugares de Ynyx contaban con permanencia, excepto la gran ciudadela, construida en el asentamiento ancestral de la primera colonia que aterrizó en aquel planeta. Estaba formada por piedra de color zafiro oscuro que se había excavado desde las profundidades abisales y era tanto un palacio como un monumento. La arquitectura brutal y en bloques de su diseño resaltaba tanto como un marcador de tumbas, y su sola presencia actuaba como una declaración hacia el universo. «Hemos construido en este lugar inhabitable y hemos arrancado las riquezas de su corazón —decía la ciudadela—. Lo hemos hecho en nombre del Emperador y de Terra.»

El Segador de Hombres había recibido órdenes de derribarla, por supuesto, pero Mortarion pensaba hacerlo más porque le apetecía. Porque hacerlo significaría destruir una posesión más de su padre ausente y porque el acto le otorgaría unas migajas más de satisfacción.

Un movimiento en el borde de los sensores automáticos de su casco hizo que el primarca de la XIV Legión regresara al momento y mirara en

dirección al icono de alerta. Con curiosidad, salió de la fila y se dirigió hacia un cráter de impacto que se había formado en la densa y aglomerada arena de basalto. A sus espaldas oyó el traqueteo de mil tropas al detenerse, aunque hizo caso omiso de ello.

En el cráter se encontraban tres humanos, quienes, contra todo pronóstico, seguían con vida. Se trataba de ynyxianos, y no soldados sino civiles. Sus alteraciones físicas hacían difícil que Mortarion pudiera distinguir su género o su edad. Cada uno de ellos llevaba la capucha y la máscara ocular típicas de su pueblo, con los túbulos de alimentación de su boca sellada enredados contra unas mochilas de nutrialimentos echados a perder que colgaban de su cuello.

Le tenían mucho miedo. Mortarion se imaginó poder saborear su aroma en el ambiente lleno de cenizas. El primarca se había dejado los filtros de aire abiertos adrede para poder absorber la atmósfera tóxica de aquel mundo putrefacto, y en aquel momento inhaló profundamente y notó el sutil ardor de las partículas contaminantes conforme estas trataban de dañar sus poderosos pulmones. Sin protección, los débiles tejidos corporales de aquellos humanos se habrían derretido hasta convertirse en una papilla antes de que pudieran acabar de inhalar del todo, pero, para el Segador de Hombres, el aire letal de Ynyx no suponía siquiera una distracción.

Los observó a través de las lentes de su casco y buscó en sus rostros una comprensión que jamás llegaría a ellos. Era un esfuerzo inútil; aquellas criaturas desdichadas eran iguales a las demás. Por muchas de ellas que encontrara en cualquier planeta, ninguna era capaz de ver más allá del miedo. Aquel mismo terror, impulsado a flote por el mismo odio que fluía justo por debajo de él, jamás llegarían a conocerlo. No podían.

En aquellos desesperados y suplicantes rostros, el primarca vio algo que le resultaba familiar, el atisbo de un recuerdo despertado por la similitud. Al instante, el Segador de Hombres apartó aquel momento de su mente, molesto por su mera existencia.

Mortarion avanzó y dejó que la acción ocurriera como quisiera. Desfundó la pesada arma de energía con su mano libre y el dispositivo reaccionó para activarse en cuanto su cierre genético registró su roce. La Linterna, el nombre que había recibido la pistola, apuntó hacia las siluetas que temblaban de miedo en el foso. Los humanos reaccionaron y alzaron las manos en silencio en un gesto de protección. Si estaban gritando, el primarca no los oyó.

Un breve pulso de luz blanca abrasadora los eliminó de la faz del planeta y sus cuerpos se convirtieron en una apenas visible silueta de vapor

en el instante del disparo. La energía chirriante de Linterna atomizó a los supervivientes y convirtió la capa superficial del cráter en un cuenco de fulgurita fundida. El Segador de Hombres se volvió y se alejó del lugar, mientras el cristal recién formado crujía y siseaba al enfriarse.

Lo que les había otorgado había sido piedad, una muerte rápida. El primarca conocía todos los tipos de muerte y perecer por las llamas de la Linterna era un modo mejor que la mayoría. Mortarion les había hecho un regalo.

Olvidó a los humanos al poco tiempo de volver a caminar y la imagen de los tres se desvaneció de su mente en cuanto sus pensamientos se dirigieron a asuntos más marciales. El primarca se permitió alzar la mirada hacia la línea de la ennegrecida ciudadela sin ventanas y las preguntas que lo habían estado carcomiendo desde que la Death Guard había llegado a Ynyx regresaron.

«¿Por qué me ha enviado aquí Horus?»

Mortarion volvió a inhalar otro aliento profundo y putrefacto. Aquel mundo fábrica y las lunas de almacenaje que rodeaban su órbita tenían muy poco valor táctico, y menos aún las otras esferas rocosas que giraban alrededor del sol de luz blanquecina de Ynyx. Para la Death Guard, los ilotas de combate cargados de productos químicos que defendían el planeta les habían resultado un enemigo insignificante y nada difícil de vencer, por lo que habían aplastado sus posiciones con las tácticas habituales de la legión de avance inexorable. Arrebatarse el planeta del control del Imperio para negárselo al Emperador era una tarea que bien podrían haber cumplido un puñado de cruceros de batalla y compañías inferiores. La enorme fuerza y números que el Señor de la Guerra le había ordenado a Mortarion que llevara hasta Ynyx era más que demasiado.

Al Segador de Hombres le molestaba no conocer las razones verdaderas de Horus y, en aquel vacío donde se le acababan las respuestas, solía llenar el hueco con sospechas.

Mortarion sabía del devaneo de Horus con los seres de la disformidad, aquellas criaturas que se hacían llamar los Poderes Ruinosos. Dichas inteligencias monstruosas ansiaban regalos de muerte y sangre, y, si bien Mortarion no lo reconocía en público, sabía que algunos de sus hermanos rebeldes anhelaban cumplir con sus deseos. Mundos enteros ardían por sacrificios en masa y se cometían horrores arcanos como si tales actos pudieran hacerles ganar el favor de esas... *cosas*.

Se preguntó si Horus habría enviado a la Death Guard a exterminar a la población de Ynyx como parte de uno de aquellos tratos.

«¿Acaso no soy más que una herramienta para él en todo esto?»

Tras su máscara de respiración, los labios pálidos de Mortarion se retorcieron al hacer una mueca de disgusto. Pese a que en otros tiempos habría sido casi imposible que el primarca pensara mal de Horus Lupercal, en aquellos momentos su desconfianza corrosiva había carcomido aquella certeza. Tal vez así lo había dictado el destino. A lo largo de incontables años y una amarga experiencia ganada con dificultad, el Segador de Hombres había aprendido que, a fin de cuentas, solo podía confiar por completo en sí mismo.

Cuanto más pensaba en aquella posibilidad, más parecía crecer para encajar con los hechos. El propio Mortarion se había atrevido a examinar la historia de aquellos seres de la disformidad, aquellas criaturas a las que algunos llamaban *demonios*.

En los cielos sobre las ruinas del glorioso Terathalion había mirado a la cara de uno de aquellos monstruos por primera vez, lo había nombrado y lo había interrogado, por mucho que no le hubiera servido de nada. En retrospectiva, aquel había sido el punto de inflexión, el momento en el que ya no podía desestimar aquellas aberraciones sin más.

El difunto padre adoptivo del primarca, aquel ser corrupto y despiadado que le había dado nombre, aquel en quien pensaba cuando aquella idea se le pasaba por la cabeza, le había inculcado muchas lecciones durante su infancia, entre las cuales se encontraba el valor del conocimiento, así como el de la resistencia.

«Si conoces la verdad de algo, entonces puedes destruirlo —le había dicho su padre adoptivo—. Y eso es lo único que necesitas para alcanzar el poder verdadero.»

Mortarion estaba enterándose de una nueva verdad, página a página, paso a paso, pergamino a pergamino. La brujería y los cánceres mágicos que tanto odiaba se esparcían por todas partes en aquella nueva y cambiada guerra; y Horus, el fanfarrón arrogante que era Magnus y todos los demás los empleaban sin tapujos. Detestaba a los psíquicos y a los seres de la disformidad con una furia tan básica que le hacía imposible encontrar palabras para describir la emoción y odiaba a sus hermanos primarcas por rebajarse a entablar tratos con semejantes criaturas.

Aun así, Mortarion era hijo del plagado Barbarus, y ningún hijo ni hija de aquel mundo letal vivía lo suficiente para aprender a caminar recto si no era pragmático. El odio estaba muy bien, pero no podía superar a la realidad obstinada. El odio por sí mismo no derribaba murallas. Por tanto, en el espacio entre su repugnancia hacia todo lo mancillado

por la mano gélida del inmaterium y la necesidad de ganar la guerra que se hallaba en su propia alma, Mortarion había encontrado a regañadientes un lugar donde colocar aquellos horrores.

Uno de ellos en concreto llevaba el rostro de un viejo amigo.

Mortarion se detuvo una vez más al entrar en una plaza llena de restos delante de la ciudadela y sus pensamientos se dirigieron a su gran lanzadera, anclada a unos pocos kilómetros de distancia en la bombardeada zona de aterrizaje donde la fuerza de invasión de su legión había alcanzado la superficie del planeta. Aquella embarcación, una barcaza de batalla llamada *Corazón Verde*, era un segmento de su nave insignia que podía operar como un nexo de mando y control autónomo si la misión así lo requería. Podía quedar aparcada en órbita y establecerse para lanzar bombardeos o pacificaciones de manera directa, aterrizar en los objetivos o, como había sido aquel día, iluminar el camino hacia un ataque de decapitación.

El Corazón Verde portaba cañones más poderosos que los de la mayoría de las naves de su tamaño: tecnología volkita y armas de desplazamiento capaces de asolar ciudades enteras. Sin embargo, Mortarion no solía hacer uso de ellas. Sus pensamientos no se quedaron en el potencial de aquellos dispositivos, sino en el poder del arma encadenada en una jaula de anulación de estasis que se encontraba en las plataformas inferiores de la barcaza.

Incluso en aquellos momentos, el primarca no estaba seguro de haber tomado la decisión correcta de llevarse consigo a aquella bestia enjaulada, y se preguntó si no habría sido más prudente dejar al ser en las mazmorras de su nave insignia, el Resistencia.

Al final le había llegado a suplicar. Le había implorado a Mortarion que lo llevara con él, que lo desatara sobre el cielo de Ynyx para poder comerse toda la vida del planeta, al igual que había hecho con tanta eficiencia durante la batalla de Molech.

—*Déjame servirte*—había dicho, en una parodia grotesca del hijo guerrero que Mortarion había conocido en otros tiempos—. *Déjame matarlos por ti, padre genético.*

El primarca se había negado, por supuesto. Aquello habría sido demasiado fácil. ¿De qué habría servido llevar a su legión hasta allí solo para dejar que el demonio con el rostro de Ignatius Grulgor hiciera su trabajo?

¿Sería aquello parte del plan? ¿Una maniobra para hacer que Mortarion se acercara más al camino trazado para él por los Poderes Ruinosos?

La criatura, que había muerto en dos ocasiones y a la cual el propio primarca había vuelto a resucitar, era un arma muy distinta a cualquier otra de las que empuñaba la Death Guard, incluso en el punto álgido de sus poderes en la guerra con toxinas. Allí donde caminaba, la vida se convertía en una ruina ennegrecida, en enfermedad. «Una daga muy tentadora —se dijo Mortarion—. Demasiado tentadora.»

Tal vez cuando acabara aquel día, terminaría abandonando al demonio con el rostro de Grulgor en aquel mundo roto y resquebrajado. Quizá reuniría todos los documentos y pergaminos, todas las placas y cristales de datos que contuvieran información sobre aquellos seres de la disformidad, y los arrojaría al abismo más profundo de Ynyx. Tal vez así se libraría de su ideal y lucharía en Terra como se suponía que debía hacerlo.

«Podríamos regresar a la pureza de la guerra —pensó para sí mismo—. Podríamos volver a ser la fuerza inexorable e imparable que hace que la galaxia tiemble al oír cómo nos aproximamos.»

Sin embargo, al mismo tiempo que la idea se le pasaba por la cabeza, Mortarion sabía que no podía ser. El pragmatismo no se amilanaba por emplear las herramientas más horribles, por muy monstruosas que estas fueran. El fin justificaba los medios y llegaría un momento en el que ya no necesitaran aquellas herramientas.

Cuando así fuera, no las descartarían sin más, sino que las borrarían de la existencia.

—¿Mi señor? —La voz no provino del comunicador, sino que se transmitió a través de aquel aire espeso y fétido.

El Segador de Hombres se volvió y, tras un asentimiento de su casco deslustrado, sus pretorianos del Sudario de la Muerte se apartaron para dejar paso a una sola figura ataviada con la armadura de batalla.

El palafrenero del primarca inclinó la cabeza en un saludo cauto y se detuvo mientras observaba la torre de la ciudadela.

—Habla —le ordenó Mortarion con voz ronca.

—El enemigo no parece tener ninguna prisa por enfrentarse a nosotros. —Caïpha Morarg señaló el gran obelisco—. Las señales auspex no muestran ninguna entrada visible en el nivel inferior de la ciudadela, ni tampoco ningún indicio de actividad enemiga. Quisiera preguntarte, mi señor, cómo quieres que procedamos.

—Te equivocas —le dijo al legionario—. Están aquí, nos observan. —En cuanto aquellas palabras roncadas salieron de su boca, Mortarion dio un paso más hacia la plaza vacía y activó adrede la emboscada que sabía que los estaba esperando.

Por todas partes, los adoquines fracturados y la arena negra obstruida que se encontraban ante ellos temblaron y se sacudieron bajo sus pies. Unos dedos con garras envueltos en policarbonato surgieron como tallos de plantas obscenas que buscaban la luz solar y unos cuerpos humanos protegidos con armadura de caparazón y equipamiento de minería de alta presión erupcionaron de donde habían estado enterrados. Los últimos batallones de los defensores de Ynyx habían permitido que se quedaran enterrados bajo las arenas metálicas para poder desatar aquella trampa contra la Death Guard.

«¿A qué absurdo ideal se aferran? —se preguntó Mortarion, meneando la cabeza—. ¿De verdad creían que no iba a intuir sus planes? ¿Creen que tienen alguna posibilidad?»

No tuvo que ordenar que dispararan, pues sus legionarios ya estaban matando, y el aire rancio del planeta vibraba con los golpes secos del fuego de bólter. A su lado, Morarg usó su pistola para decapitar a un humano vestido con un exoesqueleto de minería y redujo la carne y el cráneo a una papilla escarlata a través de las pesadas placas de radiación de la máquina que el atacante llevaba a modo de traje externo. Unos taladros y unas cuchillas rotatorias chirriaron y traquetearon conforme el mecanismo se tambaleó unos pocos pasos más debido a los esporádicos impulsos neurales del muerto, que todavía lo impulsaban hacia adelante.

Mortarion le asestó un golpe de revés sin mucha energía con la parte plana de Silencio, y su enorme guadaña destelló por un instante bajo la lúgubre luz del día. El exoesqueleto salió disparado ante la fuerza del impacto, rebotó contra el alto muro exterior de la ciudadela y se hundió en las losas en un montón siseante que dejó unas marcas oscuras en la roca.

Hizo caso omiso de la tormenta de disparos de bólter y de metal que chocaba entre sí a sus espaldas, y continuó avanzando sin encontrar nada que él considerase resistencia para cruzar los últimos pocos metros hasta llegar al muro. A su alrededor, su Sudario de la Muerte trazaba formas en el aire conforme sus hojas derribaban a cualquier soldado ynyxiano que se atreviera a acercarse a ellos. Unas lanzas de disparos de tono esmeralda ondearon desde los proyectores de llamas montados en sus guanteletes, y unas poderosas municiones químicas se desataron sobre la masa de emboscadores enemigos y los derritieron allá donde se encontraban.

Morarg avanzaba justo detrás del primarca y su casco se movía al mirar de un lado para otro. Alcanzaron el pie de la inexpugnable ciudadela y, si en aquel lugar se había encontrado una entrada a la torre, la habían

sellado tan bien que la roca parecía estar tallada de una sola pieza de obsidiana gigante.

—No hay ninguna entrada... —musitó el palafrenero.

—Paciencia, Caipha —lo reprendió Mortarion, estirando una mano para desatar un puñado de incensarios con forma de globo de una bandolera que colgaba por la extensión de latón y acero de su placa pectoral. Cada uno de los orbes estaba taladrado por miles de agujeros y, en su interior, unos filtros químicos y fluidos de gran potencia se encontraban en sacos permeables.

Mortarion llevó el conjunto de globos hasta la máscara de respiración que cubría la parte inferior de sus rasgos pálidos y demacrados, y los hizo rodar en sus largos dedos para agitar los elementos volátiles de su interior. Unas pequeñas columnas de humo salieron de los agujeros de sus superficies y el primarca las inhaló para saborear el mordisco letal de sus productos químicos. Luego, con un movimiento de muñeca, el Segador de Hombres lanzó los orbes contra el muro de la ciudadela y observó cómo se estrellaban contra la roca.

Los fluidos hiperácidos del interior de los globos se esparcieron sobre la roca negra, lo cual debilitó la superficie de inmediato hasta convertirla en algo frágil y con textura de cera. Mortarion contó en silencio hasta siete y luego golpeó el muro debilitado con el pesado pomo de la base del mango de Silencio. La piedra se resquebrajó como si de cristal se tratase. La golpeó una y otra vez, hasta que sus ataques crearon una abertura irregular lo suficientemente grande como para que dos dreadnoughts la atravesaran al mismo tiempo.

—Por aquí —gruñó Mortarion, y avanzó una vez más, con un paso tan cuidadoso y firme como el que había mantenido durante la marcha desde la zona de aterrizaje.

Morarg sabía muy bien que debía apartarse del camino del despiadado arco de Silencio, que debía quedarse cerca de su primarca, pero a una distancia prudencial de las rechinantes estelas plateadas de la guadaña asesina de Mortarion. Se abrieron paso a través de la masa de soldados rasos apretujados en el atrio principal de la ciudadela y el Segador de Hombres avanzó entre ellos con unos movimientos casi mecánicos mientras derribaba a cientos de enemigos con cada barrido de su poderosa hoja curva.

El palafrenero se entretuvo rematando a todos aquellos que sobrevivían al roce del filo de Silencio, lo cual no le dio mucho que hacer. Tales

eran la puntería inquebrantable y el avance inflexible de Mortarion, que tan solo un puñado de almas no perecieron de inmediato tras entablar combate contra él, y aquellos que lograron sobrevivir al primer ataque no siguieron con vida mucho tiempo más. Mientras tanto, Morarg y el Sudario de la Muerte derribaban a cualquier soldado que tratara de flanquearlos desde las amplias galerías situadas a los lados del atrio y los hacían explotar contra las larguiruchas columnas acanaladas que sostenían el tejado abovedado muy por encima de ellos.

Unos pulsos de fuego láser caían en una lluvia carmesí desde los balcones y las galerías acristaladas situadas cientos de metros por encima, lo cual atrajo su atención. Morarg devolvió el fuego y rugió unas órdenes a los legionarios rasos de la Death Guard que entraban por la brecha que su señor había abierto. Seleccionó objetivos mediante unos parpadeos para los bloques de visión de los comandantes de escuadras, quienes respondieron al apuntar con sus armas. Una salva de fuego concentrado destrozó con un alarido las plataformas donde se escondían los batallones de francotiradores láser de Ynyx, y los cuerpos de los tiradores llovieron a su alrededor hasta estrellarse contra el suelo de mármol, junto a ladrillos destrozados y esquirlas de crystalflex.

La canción distintiva de Linterna soltó su alarido de banshee, y Morarg se abrió paso entre los muertos para colocarse junto a Mortarion. El Segador de Hombres empleó su arma de energía para quemar las gruesas bisagras de una enorme compuerta de latón que se encontraba en una tarima elevada. Cuando el metal se puso al rojo vivo y goteó hasta desaparecer, la puerta se deslizó para abrirse y revelar un conducto descendente. Un aire ardiente y cargado de humo surgió de la nueva abertura.

—¡Bajaremos! —ordenó el primarca—. Nuestro trabajo termina ahí abajo.

Morarg asintió y se volvió hacia los soldados situados a sus espaldas:

—¡Tomad el edificio y exterminad a todos los objetivos restantes! —Hizo una pausa antes de volverse hacia Mortarion—. Mi señor, ¿quieres que...? —

Pero el Segador de Hombres no lo había esperado, sino que ya estaba descendiendo por el conducto. Los siete miembros del Sudario de la Muerte se colocaron en formación tras él y lo siguieron. Morarg asintió para sí mismo y los imitó.

—Mantenedme al tanto de cualquier desarrollo —transmitió por el comunicador, pues sabía que sus órdenes llegarían hasta el Corazón Verde, desde donde se transmitirían a la flota de la Death Guard que se en-

contraba en órbita—. El señor Mortarion desea concluir la batalla con sus propias manos.

Morarg se dio un momento para recargar su bólter mediante el cargador con forma de hoz que esta tenía y luego se apresuró a descender por las amplias escaleras, detrás de los pretorianos del primarca. Si bien sospechaba que su presencia no sería necesaria en la batalla que estaba a punto de librarse, ya se había encontrado en aquellas circunstancias en otras ocasiones, relegado a quedarse atrás y a actuar como testigo de la tormenta desatada que era la ira gélida de su primarca. Si aquella debía ser su función aquel día, que así fuera. Se enorgullecía de ello.

Caipha Morarg era un Vástago Pálido, un Death Guard nacido del mundo hogar de la legión, Barbarus, y no de las tribus de Terra, como otros. Para muchos miembros de la hermandad siempre existiría una separación, una rivalidad entre los guerreros «originales» de la XIV Legión—aquellos que habían sido conocidos como Dusk Raiders, los que habían acudido a Barbarus cuando el Emperador había llegado allí para buscar a su hijo perdido— y los hombres comunes a quienes Mortarion había extraído de su Death Guard para sumar al número de la legión y en cuyo honor se había rebautizado.

Los recuerdos de aquel grandioso día eran borrosos, pero seguían existiendo en la memoria distante del palafrenero. Apartó los recuerdos de su mente para no perder la concentración con un momento de ensimismamiento y mantuvo su atención en el descenso.

Delante de él, los disparos y los gritos resonaban entre las paredes curvas de la amplia escalera conforme Mortarion y su guardia de honor despachaban a todos aquellos que fueran demasiado lentos como para huir del alcance de sus siegahombres. Ninguno de ellos ralentizó el paso al avanzar.

Los silenciosos miembros del Sudario de la Muerte imitaban al primarca en algunos aspectos: no solo en el diseño de su armadura de exterminador modificada y en las guadañas de guerra que empuñaban, sino también con sus capuchas de segador ensombrecidas, sus capas oscuras y los pesados cascos de platiacero que les cubrían los rostros e imitaban el aspecto impasible de la máscara de rejilla del propio Mortarion. El Sudario de la Muerte nunca pronunciaba ni una sola palabra, pues sus miembros se comunicaban a través de señales de batallas o códigos auditivos en las pocas ocasiones en que debían transmitir un mensaje mediante el comunicador. Siempre había siete de ellos alrededor del primarca, nunca más lejos de una distancia de siete pasos por siete pa-

sos. Se decía que aquel número repetido era un símbolo de buena suerte, una antigua creencia que se remontaba a una etapa anterior a la siembra de colonias humanas en Barbarus, aunque con el paso de los años había perdido sus motivos supersticiosos para convertirse en un simple hecho táctico.

Morarg nunca le había dado demasiadas vueltas a ello, al menos no hasta hacía poco. Algunos de los guerreros con quienes había conversado en las logias davinitas hablaban del número con un gran respeto; mencionaban el poder de unos símbolos como aquellos y hablaban de cómo podían afectar a elementos del mundo real. Al palafrenero aquellas ideas le parecían intrigantes, pero poco más. Él era, y siempre había sido, un hombre de caminos sencillos. Lo numinoso y lo extraño eran un anatema para él, una reacción arraigada en su ser que había nacido por el odio inculcado hacia las criaturas que personificaban tales ideas. Hacía tiempo, en Barbarus, había vivido para acabar con ellas, cuando no había sido más que un hombre. Sin embargo, cuanto más tiempo vivía Morarg, más le parecía que la historia sobre los números y sus poderes había sido una que le habían contado, no algo que hubiera experimentado de verdad.

Un miembro del Sudario de la Muerte echó un vistazo hacia atrás para mirarlo antes de apartar la vista una vez más. Le resultaba difícil distinguirlo entre ellos incluso cuando la visibilidad era óptima. Morarg no tenía ni idea de qué rostros estaban ocultos tras aquellas máscaras selladas; era el propio Segador de Hombres quien escogía en persona a los legionarios a quienes se les otorgaba el sudario, y no hablaba de su decisión con nadie. Cuando uno de los pretorianos de Mortarion perdía la vida en la batalla, se decía que la armadura consumía el cuerpo que envolvía. El guerrero que se escogía para reemplazar al fallecido se declaraba muerto en el campo de batalla y se lo incluía en las listas como si hubiera caído ante un ataque enemigo, pero, en realidad, lo que hacía era desprenderse de su identidad previa y se convertía en Sudario de la Muerte para portar el honor de luchar junto a Mortarion, lo más cerca que estaría nunca ningún Death Guard de considerarse un confidente de su señor.

«¿Podría llegar a merecer un tributo como ese?», pensó Morarg durante unos instantes, antes de apartar el pensamiento de su mente. Él ya ostentaba un cargo muy alto; el primarca lo había sacado de su puesto con los demolidores y lo había convertido en su factótum.

«En su testigo —se corrigió Morarg. La Death Guard nunca había contado con registradores ni rememoradores, sino tan solo con hombres como él, hermanos de batalla con buenas memorias y ojos avizores—. Si

debo documentar todo lo que le ocurra a mi legión y a mi señor, que así sea. Es una tarea tan buena como otra cualquiera.»

Por delante de él, las escaleras se ensancharon aún más hasta alcanzar una cámara dominada por dos puertas semicirculares en la pared más alejada. La cantidad de opulencia visible, desde las elegantes alfombras y los tapices gruesos que adornaban los pilares de soporte hasta los objetos y obras de arte bañados en oro de cada alcoba, dejaba ver que aquel palacio era el dominio de un gobernador engrandecido. A Morarg le tembló el dedo del gatillo, pues quiso destruir de inmediato nada más verla aquella afluencia fastuosa y autocomplaciente.

Unas columnas de vapor cargado de toxinas y de calor húmedo y opresivo ascendían desde las rejillas de ventilación del suelo, y una tétrica iluminación naranja que se canalizaba a través de unas enormes placas semiopacas proporcionaba a la estancia un brillo infernal. Morarg oyó un extraño eco tras los pisotones de sus botas y se tensó. La cámara parecía ser un coliseo, a pesar de todos aquellos intentos por hacer que no fuera así.

El Sudario de la Muerte pareció notar aquel mismo mal augurio y los siete se movieron hasta colocarse en una formación defensiva alrededor de los flancos de Mortarion. Solo el Segador de Hombres permanecía tranquilo ante el ambiente de amenaza dispuesta que invadía la cámara. Le dio una sacudida a Silencio para desprenderse de la sangre de aquellos a quienes había derribado y apretó el mango con fuerza.

Entonces Morarg oyó el sonido de unas grandes garras de metal contra el mármol, un roce y unos golpes como si cien espadas se estuvieran arrastrando sobre las losas. Sus sensores automáticos detectaron a dos enormes siluetas cuando estas salieron a través de los ardientes muros de vapor, unos seres con forma de hombre que recorrieron la estancia a toda prisa hacia el primarca; en lugar de brazos, cada uno de ellos portaba un manojo de cuchillas y unos emisores de rayos que zumbaban. Una disonancia metálica de tonos de campana resonaba desde miles de traqueantes ampollas de inyección clavadas en la piel desnuda del torso y los muslos de las criaturas. Aquellos enormes seres eran una especie de humano alterado, con un gigantismo forzado a través de la química que los hacía parecer ogros. Al Death Guard le pareció que eran lo que alguien sin mucha experiencia habría podido crear si hubiera tratado de duplicar a un guerrero de las Legiones Astartes: unos monstruos gemelos impulsados por cócteles de drogas metatrópicas, libres para actuar como guardianes de la puerta para quien fuera que les esperara en la cámara más allá de la que se encontraban.

El primer golpe se produjo en un destello de movimientos veloces. Mortarion alzó una mano: una simple orden para que el Sudario de la Muerte se quedara atrás y no interviniera, y luego, con un pivoteo tan rápido que Morarg casi ni pudo ver cómo se producía, el Segador de Hombres le dio la vuelta a Silencio para que la punta de la gran guadaña rozara el suelo de mármol. Unas chispas blancas saltaron allá donde la guadaña tocó el suelo y el primarca cargó hacia adelante para enfrentarse a la primera criatura guardián. Cubrió la distancia en un abrir y cerrar de ojos, y Silencio se alzó en un arco rotatorio.

Morarg sonrió bajo su casco cuando la hoja curva abrió en canal al primero de los guardianes desde la ingle hasta la garganta. El impulso hizo que aquel mutante alterado por productos químicos se tambaleara, mientras su cuerpo se abría como una fruta demasiado madura y arrojaba cuerdas de intestinos y materia de órganos sobre el mármol con un borbotón rojo. Silencio se seguía moviendo y dando la vuelta, y el Death Guard oyó al aire cantar cuando la hoja hizo otro tajo antes de que el guardián se pudiera percatar de que ya había muerto. La guadaña decapitó a la criatura y su cabeza dio vueltas por el aire antes de caer con un sonido húmedo.

El segundo guardián lanzó una oleada de rayos de energía desde el otro lado de la cámara, unas columnas de azul ardiente que derritieron la piedra allá donde la tocaban e hicieron hervir la pátina de mugre de la armadura del primarca.

Mortarion ni siquiera trató de esquivar el ataque, sino que se llevó un brazo al rostro para protegerse del fuego de los rayos, y plantó a Silencio en el suelo con tanta fuerza que logró clavarla en el mármol y que se quedara erguida. Entonces avanzó directamente hacia el asalto mientras alzaba su propia arma de energía: Linterna casi saltó por sí misma hacia su agarre y el primarca activó el arma, lo cual trazó una trinchera negra en la distancia hacia su atacante cuando el rayo de la enorme pistola derritió el mármol y el metal antes de alcanzar al guardián. El primarca le arrancó un brazo y una pierna a la criatura antes de soltar el gatillo.

Morarg inhaló el hedor de la carne quemada y podrida, y sonrió todavía más. Observar al Segador de Hombres practicar su arte siempre resultaba de lo más instructivo.

Mortarion volvió a enfundar a Linterna conforme avanzaba hacia el segundo guardián, quien seguía vivo, aunque no por mucho tiempo. Cogió un gran nudo de la papada de la garganta del mutante y lo alzó del suelo al que había caído. Con un gruñido de desdén amargo, el primarca

lanzó a la criatura contra las puertas selladas situadas al otro lado de la cámara. La colisión se produjo con semejante fuerza que destrozó el cuerpo del guardián y abrió las puertas, lo cual dejó ver la sala del trono que se encontraba al otro lado.

—¿Quién pretende gobernar aquí? —gruñó Mortarion, lanzando la pregunta hacia el espacio poco iluminado ante ellos—. Preséntate. —Recogió a Silencio de donde la había clavado, hizo otro pequeño gesto con la mano y el Sudario de la Muerte se movió de inmediato una vez más para seguirlo a través de las puertas rotas.

Morarg dio un paso al frente antes de detenerse cuando una transmisión de datos pasó ante sus ojos, una línea de texto proyectada en el interior de las lentes de su casco. Se trataba de un mensaje de alerta, un código de alta prioridad transmitido hacia él por parte de un oficial a bordo del Corazón Verde: habían detectado varias naves que se aproximaban a Ynyx con la intención de dirigirse a su órbita. Sin embargo, no esperaban ninguna llegada y, para confundirlo todo más aún, las nuevas naves mostraban los banderines de identificación aural de la Death Guard.

«¿Cómo es eso posible? Conocemos el paradero de todas las naves de la legión... —se dijo a sí mismo el palafrenero, antes de pensárselo mejor—. Bueno, eso no es cierto del todo. No sabemos dónde están *todas* las naves.» Morarg no se atrevía a considerar lo que aquella alternativa podía significar, pero cumplió con su deber y llamó a su señor para transmitirle el mensaje.

Durante unos instantes, Morarg creyó que el Segador de Hombres no lo había oído hablar, aunque luego su primarca le dedicó una mirada de soslayo.

—Una cosa a la vez —le dijo.

La sala del trono era un cuenco de crystalflex reforzado construido en el techo de una caverna y, mucho más abajo, se agitaba como un resplandeciente lago de fuego. Unos chorros de vapor surgían del turbulento campo de magma y un observador podría haberse percatado de los cientos de excavadores esclavos mecánicos ataviados con sus trajes protectores, los cuales seguían trabajando en los taladros o en los sifones en sus incesantes labores para recolectar el tesoro mineral de Ynyx.

Mortarion pasó su mirada por aquel hecho sin mayor importancia. Fue el trono lo que lo hizo detenerse.

Situado en el centro de la sala, en el punto más bajo del cuenco, el trono del gobernador de Ynyx era una representación a escala más pequeña de un gran trono que Mortarion había visto en otros tiempos,

durante los días en los que su padre lo había llevado a Terra para ver su Palacio y admirar las obras que contenía.

—Menuda arrogancia —susurró, tanto para quienes se encontraban en la cámara con él como para aquel recuerdo borroso de la magnificencia calculada del Emperador. Mortarion observó las sombras de la cámara y se percató de la presencia de otros seres que rodeaban a la Death Guard, aunque ninguno de ellos parecía ser ninguna amenaza—. No me hagáis preguntarlo una vez más. ¿Dónde está vuestro líder?

—Aquí. —La voz era artificial, transmitida a través de un módulo de codificación vocal. Emanaba de un tanque cilíndrico que flotaba justo por encima del asiento del trono de imitación. El objeto era del tamaño de un hombre, hecho de cristal tallado enmarcado en oro y con piedras preciosas engarzadas. Se mecía con suavidad sobre un pulsante módulo de suspensión, sostenido en el aire mediante una tecnología antigravidad—. No me rendiré ante vosotros, rebeldes —añadió.

Mortarion se enderezó y observó cómo el tanque se alejaba del trono y se hacía más visible gracias a la luz anaranjada que arrojaban los fuegos de magma. Dentro del tanque había una burbujeante poción de aceite espeso y transparente. En su centro, una aglomeración de materia gris se arremolinaba, adornada con unos circuitos delicados y unos implantes de alimentación. Montones de cables se adentraban en la masa de materia orgánica desde cada ángulo y la conectaban a los sistemas del contenedor flotante.

—Soy el magíster Greaterex Nalthusian cuarenta y cinco —continuó, con un tono retumbante—. Este sistema me pertenece por orden del Emperador de la Humanidad...

—Eres unos cuantos kilos de carne rancia en un bote —lo interrumpió Mortarion, con un ligero tono de asco en la voz—. Y tu existencia... si es que se le puede llamar así... ha llegado a su fin. —El primarca se echó hacia adelante y dio unas enormes zancadas hacia la criatura. Su enfado ante aquella misión inútil que le había hecho perder el tiempo surgió hasta la superficie y el Segador de Hombres estiró una mano. Ansiaba aplastar a aquella cosa y acabar...

«¿... Había algo allí?»

Un muro de fuerza similar a la de un huracán lo golpeó desde la oscuridad. Mortarion salió volando, junto con su Sudario de la Muerte y su palafrenero, y se estrelló contra los paneles de crystalflex de la sala del trono. Mortarion reaccionó a tiempo y usó la curva de la hoja de Silencio para aferrarse a un pilar de soporte, lo cual frenó su movimiento. Morarg

y los siete miembros del Sudario de la Muerte quedaron dispersos por todo el lugar. Dos de los pretorianos se llevaron la peor parte del ataque fantasmal al atravesar el *crystalflex*, tras lo cual giraron en silencio hasta desvanecerse en el lago de magma situado bajo ellos.

El primarca se puso de pie y saboreó un aroma grasoso y ácido en el ambiente. «Brujería.» Conocía a la perfección aquel hedor que tanto odiaba.

Un fragmento de las sombras situadas detrás del trono se separó y una madeja de oscuridad se alejó y dejó ver a un joven de ojos vacíos cuyo rostro estaba medio escondido tras la maraña de un largo cabello blanco. Esbozó una sonrisa tras su máscara biológica, sin sentirse amedrentado por los legionarios ni por el primarca.

De algún modo, el psíquico se había ocultado ante todos ellos, pero, una vez se había revelado, Mortarion notó el gran poder que crepitaba alrededor de su forma. Se trataba de una presión en su cabeza, la sensación de que una tormenta estaba a punto de desatarse. El Segador de Hombres ya se había enfrentado a aquel tipo de cinémeta en muchas ocasiones, durante las Guerras de Gobernanza de Barbarus y, más adelante, en las batallas de la Gran Cruzada.

Sabía lo suficiente como para actuar con cautela. Si bien en términos físicos el psíquico era poco más que un despojo escuálido, tan débil que Mortarion podría haberlo partido en dos sin un solo atisbo de esfuerzo, de forma psiónica el joven era tan peligroso como una bomba de fusión, un poder elemental puro casi sin contener.

El brujo recurrió a esa vitalidad, conjurando un torrente de fuerza que reunió los fragmentos sueltos de metal y *crystalflex*, y los lanzó contra la *Death Guard* en una tormenta de metralla.

Mortarion torció el gesto y avanzó con lentitud, un pie delante del otro, para resistirse ante la fuerza que fluía desde las manos abiertas del joven. Una escarcha se formó alrededor del psíquico a medida que este aunaba energía de manera desesperada para contrarrestar los pasos del primarca, cada vez más frenético según el Segador de Hombres se le acercaba. El viento, potente y desgarrador, ardía contra la armadura de Mortarion.

El primarca hizo caso omiso de todo lo demás. Se encontraban en medio del huracán psicocinético, brujo y cazador de brujos, psíquico y posthumano, enemigo y enemigo.

«He matado a cien mil como tú. —Mortarion dejó que su declaración se colocara en la parte frontal de sus pensamientos. Si aquel joven era capaz de leerle la mente, entonces podría enterarse de ello—. Morirás

a manos de la Death Guard. —Se inclinó hacia adelante, doloroso paso tras doloroso paso, casi lo suficientemente cerca como para golpear—. El odio que siento hacia ti es mayor que ningún otro.»

—Eso no es así.

La respuesta fantasmal casi se perdió en el viento y Mortarion titubeó durante un instante pues no estaba seguro de si lo había oído de verdad o si se había tratado de un truco mental. Pero entonces el momento se rompió cuando un destello esmeralda iluminó la sala del trono desde el lado más alejado de la cámara.

Cuando la luz se desvaneció, unas figuras con armadura Catafracto se encontraron allí de repente, moviéndose muy velozmente, y el psíquico se distrajo. El viento etéreo perdió fuerza, lo cual fue suficiente para que el guerrero más cercano atacara y le arrebatara al primarca la muerte que él merecía asestar.

Una hoja siegahombres, una espada hermana a aquellas que portaba su Sudario de la Muerte, cortó al psíquico por la mitad con un tajo diagonal hacia abajo. Unos segmentos sangrientos cayeron al suelo y la breve tormenta contenida murió con la misma rapidez que su creador.

Mortarion frunció el ceño ante los recién llegados y notó el crepitar cada vez más tenue del efecto de teletransportación en el cerrado y denso ambiente de la cámara. Supo, de manera inmediata, qué cara iba a ver antes de que la figura que lideraba a las demás se dirigiera a la luz.

—Calas.

Typhon, Primer Capitán de la Death Guard, le dedicó un saludo con su guadaña ensangrentada y se inclinó tanto como pudo con su armadura pesada.

—Mi señor Mortarion, me alegro de verte.

—Esas son vuestras naves, entonces —dijo el primarca, tras negarse a responder al saludo ritual. Caminó hacia el trono de imitación sin esperar la respuesta de su guerrero. El tanque flotante y el cerebro del gobernador del planeta que contenía se convirtieron en una cascada balbuceante de palabras llenas de pánico cuando Morarg y el Sudario de la Muerte se dispusieron a ejecutar a cualquier sirviente de la cámara que siguiera con vida. Sin detenerse a escuchar lo que decía, Mortarion atravesó el tanque de un puñetazo y redujo a papilla el órgano que contenía antes de lanzar los restos al suelo, enfadado—. Y escoges este momento para volver a aparecer.

—Ha sido oportuno —concedió Typhon, señalando con la barbilla al psíquico muerto.

—El psíquico no te ha visto venir.

—Así es. —El Primer Capitán esbozó una ligera sonrisa y Mortarion vio que sus dientes se habían vuelto amarillentos y que su piel se había tensado sobre sus huesos, como si acabara de sufrir una grave enfermedad—. Ya sabes que tengo ciertos dones. El sigilo es uno de ellos.

El primarca torció el gesto ante la insinuación que escondían aquellas palabras. La brujería que tanto odiaba era muy potente en la sangre de Typhon, un legado del que su Primer Capitán se había negado a alejarse del todo, por mucho que ello molestara a Mortarion.

—¿Por qué regresas con nosotros ahora? Te alejaste de la legión y te llevaste a tu propia flota para buscar... ¿qué? ¿Respuestas?

—Tú me has buscado a mí, ¿no es así? —Typhon dio un paso hacia el primarca y desvió la pregunta con otra pregunta más—. Ha llegado el momento, mi señor. Ha llegado el momento de que la Death Guard aúne a todas sus fuerzas una vez más. El último día casi ha llegado y debemos estar preparados.

El enfado de Mortarion creció por momentos. No albergaba ninguna paciencia para aquellos que hablaban con acertijos ni pensaba tolerarlo de uno de sus comandantes.

—Habla claro o guarda silencio —exigió—. ¿Por qué has vuelto?

—Ya tengo las respuestas que buscaba —repuso Typhon—. Habría vuelto incluso si no se hubiera dado la orden.

—¿Qué orden? —preguntó el primarca, clavando la mirada en el Primer Capitán.

Typhon asintió, ensanchó su sonrisa y redujo su voz a un susurro:

—El Señor de la Guerra nos llama a la batalla más grande de todas, mi señor. La invasión de Terra comenzará en breve.

Typhon notó cómo la ciudadela temblaba a través del suelo negro bajo sus pies y observó su derrumbe con sus ojos amarillentos. La triste destrucción de aquella enorme construcción le hizo pensar en un moribundo que se doblaba y caía sobre sí mismo conforme la tierra en la que se sostenía cedía.

Las cargas geoformadoras que habían dejado atrás las escuadras de apoyo táctico de la legión se activaron en una secuencia de conmoción, destrozando las estructuras de soporte que habían sostenido la ciudadela durante miles de años. La torre se hundió en un revuelo de polvo pesado, y desapareció entre el espeso manto hasta caer en el lago de magma sub-

terráneo situado bajo ella. El último acto fue la aparición de una columna de cenizas oscuras y vapor supercalentado, un último marcador de tumbas de los gobernadores de Ynyx que iba desapareciendo.

Un viento sombrío le llevó el sonido de los propulsores distantes. Typhon alzó la mirada y vio los dardos metálicos, que eran los Stormbirds que se alejaban antes de desvanecerse entre aquellas nubes bajas y fétidas. Mortarion había despachado a varios equipos de búsqueda para llevar a cabo un último barrido de la superficie del planeta, solo para cerciorarse de que habían acabado con toda la vida del lugar. No obstante, Typhon lo sabía con certeza en su sangre oscura y mancillada. Ya nada vivía en aquel mundo salvo las tropas de la XIV Legión. Todo asentamiento y ciudad era una montaña podrida de cadáveres, con los muertos descuartizados y descomponiéndose.

«Un jardín de muerte perfecto a partir del cual nacerá nueva vida», se dijo a sí mismo. Typhon le dio la vuelta a su guantelete y estudió, distraído, el patrón de las placas entre la palma y los dedos. Una diminuta mancha surgió entre una de las uniones de los nudillos, una mosca de color negro y plateado con el cuerpo aceitoso, y el Primer Capitán observó cómo esta salía volando entre zumbidos.

Tras él, unas pesadas botas resonaron contra la arena de ébano y Typhon se volvió e hizo una breve reverencia cuando su primarca se acercó a él.

Mortarion le dedicó un gesto molesto para interrumpir su inclinación.

—Para. No quiero reverencias ni que te arrastres. —Ya sin su capucha, su aspecto demacrado se había asentado en su gesto torcido de siempre—. Quiero la verdad, no obediencia sin más.

Typhon estaba al tanto del Sudario de la Muerte, el cual se encontraba a la distancia máxima permitida de cuarenta y nueve pasos, en lo alto de las dunas de basalto negro. Imaginó que Mortarion les había ordenado que se quedaran atrás para asegurarse de que la conversación entre el primarca y el Primer Capitán fuera privada.

—Muchas cosas han cambiado desde que nos vimos por última vez, hermano. —Typhon osó ser informal con el señor de su legión, pues supo que hacerlo despertaría recuerdos de su pasado compartido—. Te digo con toda la sinceridad del mundo que, cuando el Señor de la Guerra declaró su insurrección, yo no estaba seguro de qué camino debía seguir. —Vio que Mortarion alzaba una ceja de modo inquisitivo e interrumpió su pensamiento antes de que el primarca pudiera expresarlo en voz alta—. No me refiero a defender el estandarte de Terra. Hablo de *mi*

camino. —Typhon se llevó un puño a la placa pectoral, sobre el lugar donde se encontraba su corazón principal—. Me fui porque necesitaba esa distancia para verlo todo con claridad.

En los bordes de su visión, Typhon percibió el aleteo negro y plateado de unos insectos que ya le resultaban familiares y, en los lugares más recónditos de su oído, oyó el zumbido de unas moscas invisibles. Su primarca aún no se percataba de ellas, pero estas reconfortaban a Typhon en cierto modo. Contuvo una sonrisa. Había tanto que quería compartir con Mortarion, tantas cosas que necesitaba decirle...

«Tenía razón desde el principio. Te lo prometí y tenía razón.»

Sin embargo, era demasiado pronto. Solo tenía que echarle un vistazo al rostro de su señor para darse cuenta de que todavía no había llegado el momento. Aun así, estaba cerca, mucho más cerca que nunca. La aceptación iba a llegar cuando fuera apropiado. No había nada que pudiera detener lo que iba a suceder.

Mortarion alzó la mirada de repente, como si hubiera visto algo que quedaba oculto a todos quienes lo rodeaban. Entrecerró los ojos.

«¿Ya lo nota? —se preguntó Typhon—. ¿Puede oírlo también? El cambio que acecha...»

Tal vez sí, por mucho que no pudiera articularlo con palabras. Typhon podía saborear la mancha psíquica en el ambiente que rodeaba al primarca, el rastro que se había aferrado a él tras su contacto adrede con la disformidad. Por mucho que Mortarion odiara al inmaterium y a las fuerzas que nadaban en sus profundidades, se había expuesto a sí mismo a esos poderes a propósito. Typhon había hablado con los castañeantes monstruos mensajeros en antilugares fantasmales, los había oído mencionar cómo el Segador de Hombres se había enfrentado a su propia revulsión para saciar sus ansias de conocimiento.

La sangrienta división de Horus Lupercal había cambiado muchas cosas a su paso, desde lo grande hasta lo diminuto. Typhon se preguntó si Mortarion se habría atrevido a caminar en la orilla de los Mares Amorfos si su hermano no hubiera quebrantado primero de un modo tan abrupto la fe irrompible de las legiones.

Mortarion se encontraba en el borde, listo para que alguien lo guiara hasta el otro lado, incluso si no sabía que así era. Typhon estaba al tanto de la conversación fortuita que el primarca había mantenido con Lermanta, la anciana mantis que la Death Guard había acogido en Terathalion, y del éxito que habían tenido al vincular la esencia demoniaca de aquel charlatán llamado Ignatius Grulgor.

Ese último hecho había sido una hazaña que muy pocos habrían sido capaces de cumplir con tan poca experiencia y, aun así, el señor de Typhon lo había logrado pese a no saber casi nada de brujería. Debido a lo volátiles y retorcidos que eran los Poderes Ruinosos, Typhon se preguntaba si le habrían facilitado el camino con el objetivo de capturar a Grulgor para enfrentar aquel acto contra el odio que Mortarion albergaba hacia ellos.

«Cuanto más los odie, más dulce será su asimilación —pensó Typhon. Solo que el camino hacia la caída no transcurría como debía—. Debería haber desatado al Devorador de Vidas sobre esta miserable bola de polvo. Era el arma ideal.»

Aquello era lo que le había dicho Erebus. Mientras hablaba a través de la ruina que era su rostro, el legionario de los Word Bearers se lo había prometido. Erebus le había dicho a Typhon que, si regresaba a su legión, los encontraría a todos listos y dispuestos para las Copas, para beber de aquel nuevo camino.

Solo que Mortarion, obstinado e inflexible para todo, se resistía a lo inevitable, como de costumbre.

—Y ahora vuelves —continuó el primarca—, ¿y todo queda perdonado?

—Me someteré a cualquier castigo que consideres apropiado —repuso Typhon, inclinando la cabeza—. Solo te pido que retrases tu juicio hasta que podamos reagruparnos para la misión que nos aguarda.

—Ya. —Mortarion apartó la mirada una vez más, hacia el resto de sus fuerzas, que se reunían en los asediados baldíos—. La misión. Morarg me ha comunicado un mensaje del Resistencia que confirma lo que has dicho. El Señor de la Guerra quiere que nos reunamos para la invasión final. —Hizo una pausa y frunció el ceño todavía más—. Su palafrenero retorcido, Maloghurst, me dijo que nosotros seríamos los primeros en atacar los muros del Palacio Imperial. Parece que mi hermano no estaba dispuesto a darme esas órdenes en persona. —Typhon notó el enfado en sus palabras—. ¿Has hablado con él?

Typhon negó con la cabeza y volvió a ver el aspecto destrozado de Erebus en sus recuerdos.

—No, solo con un emisario. —El Primer Capitán optó por no mencionar lo otro que le había otorgado el legionario de los Word Bearers: una bolsa de terciopelo llena de diamantes hololíticos codificados con densos campos de datos encriptados. Una de esas gemas se encontraba en una bolsa de equipamiento en su cadera y Typhon llevó una mano hacia

ella. Las demás ya estaban en el proceso de distribuirse en secreto por todas las naves de mando de la flota de la Death Guard. Eran, en su propio modo, de un valor incalculable.

—Nuestro mundo hogar... —dijo Mortarion, antes de hacer una pausa para reformular sus palabras—. Barbarus. ¿Sabes lo que ha pasado?

—Ya no existe —respondió Typhon, asintiendo. Había estado pensando en aquel momento desde que Erebus le había hablado de la destrucción del planeta y, al haber llegado a ese momento, el Primer Capitán no sabía qué rostro mostrarle a su comandante. ¿Debería mostrarse malhumorado ante la pérdida de aquella esfera apestada? ¿Furioso? ¿O acaso debía sentir una frialdad desdeñosa? No estaba seguro de qué expresión sería la más apropiada para imitar los pensamientos de Mortarion.

—Los Dark Angels lo destruyeron para castigarnos —continuó el primarca—. Debería odiarlos más por ese hecho, pero no puedo. —Meneó la cabeza con lentitud—. Siempre he detestado a los hijos de Caliban; el abismo de mi odio es tan profundo como siempre. —Habla con un tono tranquilo y distante—. Pagarán por lo que han hecho junto a todos los demás.

Typhon decidió guardarse la información sobre su reciente contacto con facciones de la legión del León en Zaramund. Si hablaba de ello en aquel momento, solo lograría complicarlo todo, y los Guardianes de la Tumba del Primer Capitán sabían muy bien que no debían ir pregonándolo.

—Barbarus era nuestra cuna, hermano —comentó Typhon—. Sí, la Death Guard nació allí, pero nuestro destino siempre ha sido dejarlo atrás. —Dejó caer la mirada para aparentar tristeza—. Sobrepasamos aquel lugar hace mucho tiempo. Dejamos atrás a nuestros padres errantes y los eclipsamos.

—Eso es muy cierto —dijo el primarca, asintiendo una sola vez—. Siempre has ido al grano en todo, Typhon. Aun así, hay muchos de mis otros hijos que no comparten tu... claridad.

—Por supuesto. —No le cabía la menor duda de que entre las filas de la legión se encontraban muchos legionarios nacidos en Barbarus cuya ira estaba por las nubes al pensar en que aquel mundo infernal se había resquebrajado bajo el bombardeo de los asesinos de planetas. Habría necesidad de vengarse de la Primera Legión y se producirían peticiones tanto públicas como privadas para encontrar a los Dark Angels y castigarlos. Typhon pensó que, en otros tiempos, él habría sido una de las voces más altas en clamar la venganza, solo que ya no. En Zaramund

había logrado por fin encontrar la perspectiva que había estado fuera de su alcance durante tanto tiempo.

La misión que aguardaba a Typhon era mucho más importante que el destino de un mundo repleto de nubes tóxicas y su población de primitivos granjeros de barro. El futuro de la Death Guard y su papel en el salvaje destino de la galaxia estaban en juego. Aquellos dos hechos eran de un significado tan distinto que ni siquiera merecían encontrarse en la misma balanza.

—Si me permites un consejo... —continuó Typhon—. Si lo que hace falta es una venganza sangrienta, existe un lugar donde seguro que podemos encontrarla. Terra.

Mortarion soltó un gruñido para mostrar a regañadientes su aprobación.

—Los vástagos del León estarán ahí si saben lo que es el honor. Los aplastaremos contra la puerta de mi padre. Será un final apropiado para la Primera Legión.

—Cuando haya capturado el Trono Dorado, podemos pedirle a Horus que nos entregue Caliban... —dijo Typhon con una ligera sonrisa— y luego hacerlos pagar ahí, durante siglos si así lo deseamos.

—Sí. —El primarca asintió. Aquel era el tipo de justicia que le gustaba a Mortarion, el tipo que solo alguien que había sido odiado y repudiado podía apoyar. Typhon lo sabía de primera mano porque lo compartía. Reflexionó, y no por primera vez, sobre lo parecidos que eran ellos dos.

«Dolor compartido, odio compartido —pensó—. En ese sentido, ambos surgimos del mismo pozo oscuro.»

Tuvo que impedirse a sí mismo no ensanchar la sonrisa que mostraban sus labios. Iba a salir bien, *todo* iba a salir bien, y Typhon iba a estar en el centro de todo.